

matar á Mesalina en representación y nombre del emperador Claudio; pero si adivinara quién debía reemplazarla, viviera Mesalina eternamente. Domicio, su primer marido, estaba jugando al notificarle que Agripina pariera, y de muy buen parto, á Nerón. «Me corre poca prisa verlo, exclamó, ya lo conozco: Agripina y yo solamente podemos engendrar un monstruo.» ¿Qué daño, Palas, te hizo nuestro señor y amo Claudio, para conducirlo maniatado al sacrificio como puede llevarse al matadero una res cualquiera? Agripina representa en el mundo ambición, avaricia, perjurio, mentira, veneno, y vosotros desatáis todas esas serpientes en la cama de Claudio. Conozco las artes empleadas ¡oh César! en persuadirte á tal suicidio; pero los pródigos y beneficiosos dioses romanos, velando por tu guarda, sugiérenme las palabras éstas, expresivas del culto que te profesa mi pecho y del riesgo que corre tu vida.

— Calla, bellaco, calla — le dice Palas con aire amenazador.

— ¡Solia! ¡Solia! — grita Calixto en tono suplicante.

— Visto y oído — les dice Claudio llamando la guardia que lo rodea y yéndose de prisa, porque si continúa el contradictorio juicio los voceros de cada mujer seguramente llegan á las manos.



CAPÍTULO XI

LA NATURALEZA Y EL ARTE DE NERÓN.

Agripina conocía como nadie los resortes necesarios á mover el corazón y el ánimo de Claudio. Naturaleza verdaderamente sensual y epicúrea la naturaleza del emperador, fiaba mucho ella en los atractivos propios para dominar en absoluto sobre los imperiales nervios, por medio de una voluptuosidad, tanto más poderosa cuanto menos instintiva y menos natural de suyo. Después de fiar en este resorte capitalísimo, fiaba la Emperatriz en aquellos elixires de amor que más podían trastornar el seso de Claudio y rendirlo á las plantas regias y someterlo á la voluntad fascinadora de quien, como ella, parte integrante de la casa imperial, se había jurado á sí, con toda meditación, atraerlo hasta un matrimonio de conveniencia política. Proponíase, pues, mostrarle que, al aceptarla Claudio, amén de hallar una mujer en materia de amor sensual tan apetitiva como la que acababa en aquellos días de perder, hallaba en materia de política un compañero, un colega, un coasociado al trono cesáreo, de quien podía prometerse consejo en las resoluciones, ayuda en los esfuerzos, auxilio en los peligros, consuelo en las desgracias, coparticipación perpetua en el trabajo constante que pide una tan magna obra como el gobierno y dirección de toda la Tierra. Meditaba persuadirlo á creer que iba en su nueva esposa fácilmente á encontrar un emperador hecho y

derecho, tan apto para mantenérselas tiesas al Senado, tentadísimo de veleidades hacia una imposible independencia, como de tener á raya el cuartel, quien, habiéndola visto nacer allá en las orillas del Rhin y crecer por los campamentos y entre las batallas, queríala y considerábala como un general, como un heredero de la virtud y de la fuerza militar de su amado padre Germánico. Pero no le bastaba con esto á la redomada y tenaz Agripina. Por sus gracias naturales pensaba dominar lo que había en Claudio de sensual y grosero; por sus artes políticas lo que había en Claudio de César y de jurisconsulto. Necesitaba dirigirse también al artista. Y en el artista prevalecían y predominaban dos inclinaciones supremas: la primera y más dominante hacia la elocuencia; la segunda, menos fuerte, pero eficaz aún, hacia la música. Pues bien: para valerse de ambas artes no se creía ella misma bastante poderosa, y pensaba en su Nerón, por quien hacía principalmente todo aquello, como prenda segurísima de la vinculación del Imperio en su persona más allá de la muerte. Así, había reunido todos cuantos artistas de mayor fama y renombre pudiera en el mundo haber, para que lo industriasen á una en las artes de la palabra como en las artes de la lira. Orando bien, imperaría el muchacho sobre Claudio primeramente y luego sobre su Imperio. Tañendo bien, llevaría Nerón á Claudio detrás de sí como el domesticador á la fiera. Esto y más creía necesitar Agripina en la decadencia próxima de las gracias personales propias y en el embotamiento seguro de los placeres físicos tras un largo matrimonio, para convertir al emperador en siervo suyo y llevarlo hasta inmolar al hijo de Mesalina, por Claudio amado y de Claudio predilecto, Británico. Concentrada toda su atención y toda su voluntad en hacer de Nerón un artista, no hay para qué decir cuál género de sabia educación le procuraría: una educación propia para desarreglarle más y más los nervios, desarregladísimos de suyo. A un muchacho doliente á la continua de histeria, le alimentaban por medios morales el histérico. Así, aquellos nervios, necesitadísimos de templanza, estirábanse con esfuerzo violento hasta encontrarse muy cerca de romperse. Así, aquella imaginación, descarriadísima y desordenada, sobrecitábase á los impulsos del arte y llegaba por lamentable necesidad, no hasta el desvarío pasajero, hasta el delirio perpetuo. El alma de Nerón,

eléctrica, relampagueante, sin medida, sin gradación, sin centro alguno de gravedad moral, vaga é indecisa, corría en torno de Roma por aquella sazón tristísima, circunvalándola, cual un cometa siniestro, para presagiar toda suerte de males, así á la integridad y naturaleza material del Imperio, como á su espíritu, como á su derecho, como á su dignidad, como á su honra.

La sobrecitación causada por la extraordinaria cultura de Nerón en las artes, explica sus desvaríos. Darle arpas, cuando había menester matemáticas y cálculo; lecciones que lo exaltaran, cuando había menester el calmante de la ciencia que lo moderase; coros de mujeres destinadas á exacerbarle todos los apetitos, cuando había menester de austera disciplina moral; compañía de viciosos que lo emperraran en los placeres, cuando había menester austeros ejemplares que lo elevasen á la religión del deber, equivalía en el fondo á perderlo desde los albores del alma y desde los comienzos del ser. Así, figuráoslo completamente circuido de gréculos, cual se llamaban en Roma los jóvenes compañeros de los príncipes, que solían traer de Grecia para que los acompañasen á la continua en ejercicios de retórica, de música, de gimnasia. No parecía, no, aquel conjunto de jóvenes desparramados por los jardines la compañía de un príncipe, sino la compañía de un cómico. Perfumados como prostitutas, vestidos muy á la ligera, ornados con toda suerte de joyas, muelles y blandos á modo de criaturas infelices exhaustas en el placer, parecían muchachuelas escapadas á los burdeles, y no mancebos idos allí como cooperadores á la educación de un gran príncipe. ¡Con qué abandono se daban á toda suerte de vergonzosas actitudes y con qué descaro á toda suerte de vergonzosas charrerías! Ya se burlaban á una de los dioses, ya de los hombres. Sobre todo, ninguna mujer pasaba por aquellas sus pervertidas memorias que no saliese manchada por completo de sus labios. Las austeridades antiguas de la vieja Roma tradicional dábanles tan sólo motivos de chacota ruidosísima. ¡Cómo ponían á los viejos romanos, que proscribieron las primeras voluptuosidades irruptoras en el antiguo sentido moral! Sus gargantas producían los más sensuales gorjeos acompañando las más eróticas odas. Su arte consistía en vomitar cuantas suciedades habían dicho los poetas más desordenados y epicúreos. Alguno recitaba los versos de Safo

acompañándolos con gestos indecentes. Otros, á pesar de no poderse tener en dos pies, bebían y más bebían, soltando entre dos vómitos de la borrachera dos versos de Anacreonte; los más llevaban cítaras y liras, que sólo se tañían en honor del desorden y del vicio; los coros de muchachos y de muchachas venían á hiperbolizar con sus voces y con sus acordes todas estas infamias. Había, entre tantos perdidos, quien declamaba, como pudiera el más consumado actor en los teatros, el arte de amar que le había costado en días mejores el destierro á Ovidio. Cuando menos podían figurárselo, sacaban un muchacho del coro masculino y una muchacha del coro femenino, y los casaban entre cantares epitalámicos, obligándoles, contra todos los mandatos de la naturaleza y todas las leyes del pudor, á consumir el matrimonio en público. Mil veces unos y otros se desnudaban y corrían por aquellos jardines como pudieran correr por los bosques las alimañas en celo. Parecía que nuestra estirpe, corrompida y viciada por todos los placeres juntos, se había precipitado y caído en la bestialidad más primitiva y más grosera. Así, pedíaseles á los corifeos, no solamente buena voz y buen método de baile y canto, sino fuerzas inagotables é inextinguibles para el amor. Y en cuanto comenzaba el baile, poseíales una embriaguez báquica, rayana en demencia, que parecía contagiosa, expresada en gritos, los cuales algo se asemejaban á los modos varios de la expresión bestial en los instintos animales. Diríase que balaban, mugían, relinchaban, gruñían, rebuznaban, rugían; que tomaban todos los tonos de las especies inferiores, por haber perdido el habla en los descensos al estado puramente animal. En sus largas flautas había escondidos mil resuellos semejantes al eco de los espasmos brutales. Diríase, cuando las tocaban aquellas bacantes en jardines tan cultivados, que proferían los gritos de machos y hembras requiriéndose al amor, ó en el amor encontrándose brutalmente. La sensualidad asiática, entrada por las fronteras del mundo romano, sumaba mayor sensualidad á las bacanales y á las orgías del Imperio. Hasta la cítara, que los asirios y los griegos habían consagrado á las ceremonias religiosas, consagrábase allí á transmitir desde unas manos, febriles completamente, su erótica fiebre á la sangre y á los nervios ajenos. La sensación que movían tales conciertos los dominaba por completo y con

absoluto dominio. Enardecerse, inflamarse, adquirir fuerzas para el goce, como con afrodisíaca bebida, pensaban el cuitado Nerón y los neronianos con la música. A manera que las furias de Tracia des-

pedazaron á Orfeo, las prostituciones de Nerón corrompían la música. Eran aquellas orquestas especie de harenes ambulantes, donde los sonidos hacían el oficio que suelen hacer en ciertas excitaciones eróticas los fantaseados filtros. Había en aquel ejército de bailarines y de musicantes depravados, que rodeaban al hijo de Agripina, grupos, ó bien traídos adrede para gusto del joven desde las más remotas regiones, ó bien amoldados á lo que referían del arte músico antiguo las tradiciones y las historias. Los múltiples instrumentos, empleados en las orquestas alejandrinas y dispuestos con una gradación matemática por los Tole-



Jóvenes músicas

meos, geómetras, astrónomos y músicos, pasaban á la corte de Nerón aumentados por sus exageraciones más que orientales y su prodigalidad más que asiática. Arpas había en semejantes orquestas que alcanzaban seis pies en elevación y clarinetes enroscados que se parecían á carrozas. Contábase artista de aquellos que sonaban todos, con su cinto de cascabel á los riñones, con sus crótalos en los dedos, con sus cornetas en los labios, con sus placas en los pies, con sus platillos en la ca-

beza, como una especie de órgano ambulante movido por un baile tan desordenado cual el que suscitan ó pegan los agujones de las tarántulas. La diosa gentil de las grandes armonías trocóse allí en real alcahueta de todos los vicios.

No se satisfacían únicamente con las orquestas: acompañaban á los acordes y conciertos de éstas las más desvergonzadas pantomimas, horriblemente sugeridas por lo que pudiéramos llamar musa de la obscenidad. En tanto que las representaciones teatrales de la época heroica griega tendían al valor y á la virtud, estas representaciones teatrales mudas tendían al enervamiento. Desempeñábanlas por una costumbre y regla general muy admitidas los esclavos, para que fuesen más degradantes. No había paseo de Nerón, visita, paso alguno, en que no fuese acompañado de sus siervos, y no había siervo, compañero de él, que no perteneciese, ó bien á los cómicos ó bien á los músicos. Todos iban disfrazados; los que fingían reyes eclipsaban al amo con sus púrpuras de Tiro, con sus sandalias de oro, con sus coronas de pedrería, con sus liras incrustadas en marfiles y nácares. Los que representaban otros oficios ó evocaban otros recuerdos, iban abigarradamente vestidos. Cuando discurrían por las calles acompañando al joven príncipe, las damas de mayor alcurnia y hermosura les pedían ó los plectros con que tocaban las liras ó las prendas con que vestían en las representaciones. Á los más favorecidos y más gastados les regalaba el príncipe muy grandes y muy hermosos palacios. La salida de aquellas gentes por las calles equivalía de suyo á una procesión, pues si el príncipe llevaba tras de sí aquellos siervos, cómicos y músicos, estos siervos llevaban cada cual su respectiva corte de bufones y todos componían la más extraña legión que podía imaginarse. Véase la formalidad y aun la seriedad de un joven acompañado hasta en los más vulgares oficios de bailarines, de cantantes, de músicos, de actores, de bufones, despidiendo por calles y plazas, con acorde fragorosísimo, y representando escenas ambulantes en las encrucijadas al aire libre. Reunid á éstos los aficionados, los albarderos, los curiosos, y veréis cómo Nerón se había compuesto para convertir la Ciudad Eterna en escenario inmenso, y los ciudadanos conquistadores del mundo en bailarines y en bufones. Así, la vida tenía para él dos finalidades capitalísimas. Una el arte,

otra el placer. En tañer, en cantar, en decir versos ó en oír el tañido, el canto, la recitación de otros, consumía el príncipe los años de su juventud. Cuando le hastiaba la música, pedía distracciones y recreos al amor, si es que merece tanto nombre una satisfacción pasajera de los sentidos y el relampagueo fugaz de un calor casi ficticio. Nerón desdeñaba la milicia, el poder, la jurisprudencia, la política, todo aquello que más necesitaba en los altos destinos á que le llamaban su madre y su estirpe: no quería ser más en el mundo que un artista. Para sus gustos el planeta entero se le aparecía como un vasto teatro; el Imperio romano como las tablas, cual hoy se dice, mejores de tal teatro; la púrpura como disfraz con que salir á las tablas; la vida como una eterna comedia; aquellos con quienes hablaba, como actores de la misma compañía cómica encargados por los dioses de sostenerle á una el diálogo; los incidentes en el mundo usuales, como situaciones trágicas ó cómicas; el hogar, como la porción ó parte del teatro á que llamamos entre bastidores nosotros; el sueño, como un entreacto; y la tan codiciada y querida dominación del mundo, como un papel de protagonista en cualquier heroica tragedia. Nerón, ante todo y sobre todo, quería ser artista. Con esta vocación abrió sus ojos á la luz del día y con esta vocación los cerró para siempre. La constante aspiración de los empe-



Cómico

radores consistía, ¡parece imposible!, consistía en divinizarse. Después de haber llegado á césares, no les quedaba otro ascenso que á dioses; Calígula puso á cuestión de tormento á un pobre cantor, desconyuntándole todos los huesos, por haber vacilado algún minuto en responder á esta pregunta: «¿Cuál de ambos te parece más divino, Júpiter ó yo?» Así, no solamente permitían á los demás erigirles templos; erigíanselos tales cuitados á sí mismos. En tanto que por confabulaciones de su madre Nerón ascendía, como emperador, á Júpiter, contentábase, como artista, con ser Apolo. Mientras no llegaba el rayo, satisfacíase con las liras; mientras no las nubes, con las tablas; mientras no el trueno, con el canto; mientras no el águila, con el ruiseñor. Así, en el momento mismo que ahora traemos á esta narración, cuando bajaba rodeado de farsantes y cómicos y músicos y bufones y citaristas y coros al jardín de su palacio, cada colinilla de tal floresta le parecía el bello Parnaso; cada corriente de agua el melodioso Alfeo; cada muchacha su musa; cada caballería un Pegaso, y cada fuente la Castalia; el más humilde laurel Dafne huyendo á sus caricias y á sus besos, la ninfa trocada en adelfa, planta meridional venenosa, de flores purpúreas ceñidas y recatadas por las sombras, entre las piedras, á orillas del torrente, por la súplica de su padre Peneo, que quiso conservarla siempre virgen, preservándola por completo á las caricias del Sol. Nerón creíase, pues, Apolo en persona, por los rayos de su frente despedidos, por la miel de sus labios fluída, por la inspiración de sus ojos irradiada, por la música en su garganta compuesta sin conciencia alguna de él mismo, por lo armonioso de su apostura escultórica, por la copia de ideas contenidas en su palabra, por los borcegues con que se calzaba idénticos á los recordados en *La Iliada*, por el peinado que le ceñía como apolina diadema, por el manto echado á las espaldas sobre su tonelete que dejaba desnudas las piernas, por el carcaj sobre los hombros, por la lira en la mano, y ante todo por el conocimiento que tenía de la propia divinidad y por el culto personal que se prestaba de continuo á sí mismo en los éxtasis y en los deliquios de su desbaratado amor propio. A vivir en la edad nuestra Nerón, hubiéralo puesto la Medicina entre los enfermos más aquejados de la terrible afeción conocida con el nombre histero-epilepsia.

Cuando se miran sus bustos, de un realismo verdaderamente brutal, obsérvase con facilidad en ellos la marca de lo que podríamos llamar el dominio absoluto de la parte animal. Hay cabezas de las cuales tira el vientre, como hay vientres de los cuales tira la cabeza. En los cuerpos superiores predominan el corazón



Nerón joven (busto del Capitolio, sala de los emperadores)

y el cerebro. Los cuerpos inferiores descienden hasta las especies animales, como reducidos á nutrirse y á propagarse. En este Nerón veíase mucha carne, mucho hueso, mucha sangre, y bajo la pesadumbre de tanta materia se comprende con facilidad y explica que se haya extinguido el alma y con el alma la conciencia. Parece un toro semental en las efigies y simulacros más auténticos que guardan los Museos más renombrados. Ojos de toro, testuz de toro, cuello de toro, carnosidad y fibra de toro. Queriéndole alzar más en la escala y estirpe de las especies, acaso pudierais calificarlo de trabajador sabino y rural. ¿Cómo, por cuáles misterios